

Benjamín Labatut

Un verdor terrible



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Epílogo
El jardinero nocturno

I

Es una peste vegetal que se esparce de árbol en árbol. Implacable, silenciosa, invisible, es una podredumbre oculta, escondida de los ojos del mundo. ¿Brotó de la tierra más profunda y oscura? ¿O acaso fue traída a la superficie por las criaturas más insignificantes? ¿Un hongo, quizás? No, viaja más rápido que las esporas, se cría dentro de las raíces de los árboles, anida en sus corazones de madera. Es un demonio antiguo, reptante. Mátenlo. Mátenlo con fuego. Quémenlo y mírenlo arder, sacrifiquen todas esas hayas infectas, abetos y robles gigantes que han resistido la prueba del tiempo, sus troncos mutilados por las mandíbulas de un millón de insectos. Todos muriendo ahora, enfermos y moribundos, agonizando de pie. Déjenlos arder y miren sus llamas lamiendo el cielo, o de lo contrario ese mal consumirá el mundo, alimentándose de la muerte, devorando el verde vuelto gris. Callen ahora. Escuchen. Escuchen cómo crece.

II

Lo conocí en las montañas, en un pequeño pueblo que está siempre vacío de gente salvo durante los meses del verano. Yo estaba caminando con mi perra, de noche, y lo vi en su jardín, cavando. Mi perra se arrastró por debajo de los arbustos que rodeaban su terreno, corrió hacia él en la oscuridad, un pequeño destello blanco bajo la luz de la luna. El hombre se agachó, le frotó la cabeza, apoyó una rodilla en el suelo para rascar la panza que mi mascota le ofrecía. Le pedí disculpas, él me dijo que no había problema, que adoraba a los animales. Le pregunté si acaso estaba jardineando de noche. Sí, me dijo, es el mejor momento para hacerlo. Las plantas están dormidas y no sienten tanto, sufren menos cuando las trasladadas, como un paciente sumido en el sueño del éter. Deberíamos ser más recelosos de las plantas, me dijo. Cuando él era un niño, había un roble al que siempre le había tenido miedo. Su abuela se había ahorcado de una de sus ramas. En aquel entonces, me dijo, era un árbol sano, fuerte y vigoroso, mientras que ahora, unos sesenta años después, su enorme tronco estaba atiborrado de parásitos y pudriéndose desde adentro, tanto que él sabía que pronto tendría que cortarlo, ya que se erguía por encima del techo de su casa y amenazaba con destruirla si llegase a caer durante una de las tormentas del invierno. Y sin embargo no lograba reunir el coraje suficiente para coger el hacha y derribar al gigante, ya que era uno de los pocos especímenes sobrevivientes de lo que había sido un enorme bosque virgen, oscuro, hermoso y

amenazador, que los fundadores del pueblo habían deforestado para construir sus casas. Apuntó hacia el árbol, pero en la oscuridad no pude ver más que su sombra colosal: Está medio muerto y podrido, me dijo, pero aún crece. Me contó que los murciélagos anidaban en su interior y que los colibríes se alimentaban de las flores escarlatas de la planta hermafrodita que crecía entre sus ramas más altas, el parásito *Tristerix corymbosus*, conocido popularmente como quintral, cutre o ñipe, que su abuela cortaba todos los años solo para verlo rebrotar y florecer con más fuerza, atiborrado de la savia que robaba del tronco para producir el néctar con que emborrachaba a una legión de aves e insectos. Aún no sé por qué se mató. Nunca me dijeron que se había suicidado, era un secreto familiar, yo era chico, no tenía más de cinco o seis años, pero después, décadas después, cuando nació mi hija, mi vieja nana, la mujer que me crió mientras mi madre iba al trabajo, me lo dijo: Tu abuela se colgó de esa rama, en la mitad de la noche. Fue terrible, horrible, no querían que la bajáramos hasta que llegara la policía, al menos eso fue lo que nos dijeron: «No la bajen, déjenla ahí», pero tu papá no podía dejarla colgando así y escaló el árbol, más y más arriba —nadie entendía cómo ella había podido llegar tan alto—, para quitarle la soga del cuello. Cayó a través de las ramas, aterrizó con un ruido sordo, como si muerta pesara el doble, el triple de lo que pesaba en vida. Tu papá empezó a darle al tronco con el hacha, pero tu abuelo no lo dejó: le dijo que ella siempre había querido a ese árbol. Lo había visto crecer, lo había cuidado y abonado, lo había regado y podado,

se había preocupado en exceso por cada pequeño detalle, cada enfermedad e infestación, cada hongo o mancha que le aparecía en el tronco. Así que lo dejaron ahí, me dijo, y va a seguir ahí, aunque tarde o temprano vamos a tener que botarlo. Más temprano que tarde.

III

La mañana siguiente salí a caminar por el bosque con mi hija de siete años y encontramos dos perros muertos. Los habían envenenado. Nunca vi algo parecido. Yo conocía los cuerpos de cachorros en la carretera, desmembrados por el tráfico incesante, había visto un gato envuelto en sus propias tripas luego del ataque de una jauría de perros, e incluso había matado un cordero con mis propias manos, enterrando un cuchillo en su garganta hasta el mango frente a los gauchos que lo crucificaron frente a las brasas de un asado, pero todas esas muertes, por repugnantes que hubieran sido, palidecían en comparación con los efectos del veneno. El primer perro era un pastor alemán, tirado en medio del sendero que cruza el bosque. Su boca abierta, las encías negras e hinchadas, su lengua colgando hacia afuera, cinco veces más grande de lo normal, sus vasos sanguíneos saturados al máximo. Me acerqué con cuidado y le dije a mi hija que no me siguiera, pero ella no pudo resistirse, se pegó a mi espalda y hundió su carita en los pliegues de mi chaqueta, asomándose para mirar. Las patas del perro estaban rígidas y apuntaban al cielo, su estómago se había hinchado

con gases que estiraban la piel de su abdomen como si fuera la barriga de una mujer embarazada. El cadáver entero parecía a punto de estallar y derramar sus entrañas encima de nosotros, pero lo que más me espantó fue la expresión de un dolor inconcebible que retorció sus facciones por completo. La agonía que había soporado fue tan extrema que incluso muerto parecía seguir aullando. El segundo perro estaba a unos veinte metros, a un costado del camino, parcialmente oculto por la maleza. Era un quiltro, mezcla de Beagle y sabueso, con la cabeza negra y el cuerpo blanco, y aunque seguramente había muerto a causa de la misma sustancia que había matado al pastor, no había sufrido ninguno de los efectos desfigurantes del veneno. De no ser por las moscas que cubrían sus párpados, podría haber imaginado que sencillamente se había quedado dormido. Al primer perro no lo conocíamos, pero el segundo era amigo nuestro; mi hija había jugado con él desde que ella tenía solo cuatro años, nos acompañaba en nuestras caminatas o llegaba a rascar nuestra puerta para pedir sobras de comida. Ella le decía Manchas, y aunque no lloró apenas lo reconoció, cuando salimos del camino del bosque y entramos en el claro, se derrumbó en mis brazos. La abracé tan fuerte como pude. Me dijo que le daba miedo —el mismo miedo que sentía yo— por su propio perro, el animal más dulce, amable y cariñoso que he conocido. ¿Por qué, me preguntó, por qué los habían envenenado? Le dije que no lo sabía, pero que probablemente había sido un accidente; veneno para ratas, veneno para caracoles y babosas, existían muchas sustancias químicas mortales que la gente usaba en sus

jardines, y había muchos jardines hermosos en el pueblo. Probablemente habían comido un poco de veneno sin darse cuenta, o tal vez habían cazado a una rata moribunda, atontada después de haber roído uno de esos pequeños cubitos de cera impregnados de veneno que la gente coloca dentro de tubos de plástico en las orillas de sus casas. Lo que no le dije es que esto pasa todos los años. Una o dos veces al año, perros muertos. A veces solo uno, a veces muchos más, pero sin falta, el comienzo del verano y el final del otoño traen perros muertos. La gente que vive aquí todo el año sabe que es uno de ellos quien lo hace, uno de los habitantes del pueblo, pero nadie sabe quién. Él o ella esparce cianuro, y durante un par de semanas encontramos los cadáveres tirados en las calles y en los caminos. Casi siempre son quiltros y guachos, ya que mucha gente de los alrededores sube hasta la montaña para deshacerse de sus perros no deseados, pero también mueren nuestras mascotas. Hay un par de sospechosos, individuos que han hecho amenazas en el pasado. Uno de mis vecinos, un hombre que vive en la misma calle que yo, le dijo a un amigo mío que yo tenía que mantener a mi perro con correa. ¿Acaso no sabía que alguien estaba envenenando perros cada verano? Ese hombre vive a solo tres casas de la mía, pero nunca he hablado con él, y solo lo he visto un par de veces, de pie frente a su auto, fumando. Él me saluda, yo lo saludo, pero no hablamos.

IV

Me desespera lo lento que crece mi jardín. Los inviernos en la montaña son duros, la primavera y el verano son cortos y muy secos, y la tierra de mi jardín es pobre, ya que está apilada sobre escombros. El dueño anterior, el hombre que construyó la cabaña y me la vendió, tuvo que emparejar el terreno con desperdicios y desechos, por lo que cada tanto, cuando cavo en el suelo para plantar flores y árboles, encuentro tapas de botella, pedazos de cemento, cables y trozos de plástico triturado. Hay un gran número de fertilizantes y abonos que podría usar, pero me gustan mis árboles como son, a pesar de que no crecen altos. Sus raíces no tienen dónde ir: debajo de la delgada capa de tierra que he logrado apilar sobre la basura hay cal y arcilla compactada, así que la mayor parte de ellos permanecerán raquíuticos, con una extraña belleza bonsái, pero atrofiados de todas formas. El jardinero nocturno me contó que el científico que inventó los fertilizantes nitrogenados modernos —un químico alemán llamado Fritz Haber— fue también el primer hombre en crear un arma de destrucción masiva, el gas de cloro, que vertió en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. Su veneno verdoso mató a miles y dejó a incontables soldados arañando sus gargantas a medida que el gas burbujecía dentro de sus pulmones, ahogándolos en sus propias flemas y vómitos, mientras que su fertilizante, que logró cosechar del nitrógeno que está presente en el aire mismo de la atmósfera, salvó a cientos de millones de la hambruna y alimentó nuestra actual explosión demo-

gráfica. Hoy en día el nitrógeno abunda, pero en siglos pasados hubo grandes guerras para acaparar mierda de murciélagos y aves, mientras que las tumbas de los faraones egipcios fueron saqueadas por ladrones que no buscaban oro ni joyas sino el nitrógeno escondido en los huesos de las momias y de los miles de esclavos que fueron enterrados junto a ellas. Según el jardinero nocturno, los mapuches trituraban los esqueletos de sus enemigos y esparcían ese polvo en sus granjas como fertilizante, trabajando siempre en medio de la noche, cuando los árboles están profundamente dormidos, ya que creían que algunos de ellos —el canelo y la araucaria— eran capaces de ver el alma de un guerrero, robar sus secretos más profundos y divulgarlos por las raíces del bosque, donde los pálidos micelios de los hongos les susurran a los rizomas de las plantas, arruinando la reputación del guerrero ante toda la comunidad. Con su vida secreta perdida, desnudada y expuesta ante los ojos del mundo, el hombre empezaba a marchitarse lentamente, secándose de adentro hacia afuera, sin saber por qué.

V

La forma en que este pequeño pueblo está construido es muy extraña. No importa qué camino tomes, invariablemente te llevará hacia un pequeño trozo de bosque escondido en su límite más bajo, una de las pocas zonas que sobrevivió al gigantesco incendio que devastó gran parte de la región a finales de los años

noventa, amenazando la existencia misma del pueblo. El fuego rugió hasta consumirlo todo. Se apagó cuando ya no quedaba nada más que quemar. Un bosque que había soportado en pie por más de doscientos años desapareció en menos de dos semanas. Fue replantado con pino, principalmente, pero las especies nativas originales se perdieron, a excepción de este oasis en miniatura, cuya naturaleza salvaje y enmarañada contrasta con los setos podados y los jardines decorativos que lo rodean. Ejerce un extraño poder magnético sobre mí, me tironea hacia abajo y me conduce al viejo camino que lleva a la laguna. He pasado días completos caminando entre sus árboles, siempre solo, ya que los locales parecen evitar esa área, sin que yo pueda entender por qué, y los afuerinos, las familias adineradas que arriendan casas durante el verano, la visitan muy de vez en cuando, o solo la ven de lejos, al pasar. En su centro hay una pequeña gruta, esculpida en roca caliza. El jardinero nocturno me dijo que, años antes, existía un vivero en el pueblo, y que su dueño guardaba semillas en la boca de la cueva, en perpetua oscuridad. Ahora permanece vacía, solo la visitan algunos adolescentes que dejan sus envoltorios de condones, o turistas cuyos papeles enmierdados debo recoger y enterrar. Más allá está la laguna, y allí, en esa pequeña extensión de agua, es donde se reúnen las familias. Es artificial, más parecida a un estanque que a un lago en realidad, pero se ve lo suficientemente natural como para que una docena de patos la utilicen para hacer sus nidos. Un halcón de cola roja patrulla el lado del sur, una grulla blanca reina en la mitad opuesta, más oscura y panta-

nosa. En los meses estivales los arroyos que la alimentan cantan y burbujan, pero luego se secan, la maleza les crece encima y desaparecen como si nunca hubiesen existido. La laguna no se ha congelado en décadas; me contaron que un niño pequeño se ahogó luego de caer a través del hielo la última vez que se heló, cuando Pinochet recién había tomado el poder, pero nadie ha podido decirme el nombre del pequeño. Probablemente solo sea una fábula para mantener a los niños alejados de la laguna en la noche, una historia que ha sobrevivido a pesar de que el clima ha cambiado y el hielo ya no se forma.

Este pueblo fue fundado por inmigrantes europeos. Tiene un aire decididamente foráneo, algo que no es común en el resto del país, a pesar de que en algunas pequeñas ciudades del sur uno puede ver niñas de ojos celestes y pelo dorado corriendo entre nuestra población tan homogénea y mestiza, mezcla de mapuches y españoles. Este lugar fue construido como un refugio, escondido en lo alto de la montaña. Una de las cosas que siempre me han sorprendido de Chile es la aversión que sentimos por la cordillera. No habitamos las montañas. Los Andes son como una espada que nos atraviesa la columna, pero ignoramos esas cumbres ciclópeas y nos instalamos en los valles y en la costa, como si el país entero sufriera un vértigo incontrolable, un miedo a las alturas que nos impide disfrutar del rasgo más imponente de nuestro paisaje. A menos de una hora de aquí, justo donde uno deja la carretera para tomar el camino de tierra que escala la montaña, hay un enorme cuartel militar; la casa que compré fue

construida por un teniente retirado del ejército. Lo investigué un poco, por pura curiosidad, y encontré unas notas de prensa donde lo acusaban de haber participado en la desaparición de varios prisioneros políticos durante la dictadura. Yo solo lo vi en dos ocasiones, cuando me mostró el lugar y cuando firmamos los papeles. No lo sabía en ese momento, aunque lo sospeché por el bajo precio que solicitó, pero estaba enfermo terminal. Murió menos de un año después. El jardinero nocturno me dijo que era un hombre odioso, detestado por todos en el pueblo. Caminaba con su viejo revólver de servicio en la cintura y se negaba a pagarles a los trabajadores por los arreglos que hacían en su casa. Cuando nos mudamos allí, encontré una granada sin percutor encima de una de las mesas de la sala de estar. Por mucho que lo intenté, no logro recordar qué hice con ella.

VI

El jardinero nocturno había sido matemático, y ahora habla de las matemáticas como los exalcohólicos hablan del alcohol, con una mezcla de anhelo y temor. Me dijo que había tenido el comienzo de una carrera brillante, pero que había renunciado luego de conocer el trabajo de Alexander Grothendieck, un verdadero genio que, en la década de los sesenta, había revolucionado la geometría como no lo había hecho nadie desde Euclides y que luego abjuró de las matemáticas inexplicablemente a los cuarenta años, en el apogeo de su

fama internacional, dejando un legado único y desconcertante cuyas ondas de choque continúan sacudiendo todas las ramas de su disciplina, que sin embargo él se negó a discutir, o siquiera a mencionar, hasta el día de su muerte, más de cuatro décadas después. Al igual que el jardinero nocturno, cuando Grothendieck llegó a la mitad del camino de su vida, dejó su hogar, a su familia, su carrera y a sus amigos y vivió como un monje, recluso en los Pirineos. Fue como si Einstein hubiera dejado la física luego de publicar su teoría de la relatividad, o como si Maradona hubiese jurado no tocar nunca más una pelota luego de ganar la Copa del Mundo. La decisión del jardinero nocturno de abandonar la vida social no se debió solamente a su admiración por Grothendieck, por supuesto. También había sufrido un divorcio que lo dejó en la ruina, se había distanciado de su única hija y le habían diagnosticado cáncer de piel, pero él insistía en que todo aquello, sin importar cuán doloroso había sido, era algo secundario al lado de la súbita constatación de que eran las matemáticas —y no las bombas atómicas, los computadores, la guerra biológica o el apocalipsis del clima— las que estaban cambiando nuestro mundo a tal punto que en tan solo un par de décadas, a lo sumo, sencillamente no seríamos capaces de entender qué significa ser humano. No es que alguna vez hayamos podido hacerlo, me dijo, pero ahora las cosas están empeorando. Podemos despedazar átomos, deslumbrarnos con la primera luz y predecir el fin del universo con solo un puñado de ecuaciones, garabatos y símbolos arcanos que las personas normales no pueden entender a pesar de que

gobiernan sus vidas hasta el más mínimo detalle. Pero no es solo la gente común: los propios científicos han dejado de entender el mundo. Mira la mecánica cuántica, por ejemplo, la joya de la corona de nuestra especie, la teoría física más precisa, hermosa y con mayor alcance que hemos inventado. Está detrás de internet, de la supremacía de nuestros teléfonos celulares, y ofrece la promesa de un poder computacional solo comparable a la inteligencia divina. Ha transformado nuestro mundo hasta volverlo irreconocible. Sabemos cómo usarla, funciona por una suerte de milagro, y sin embargo no hay un alma en este planeta, nadie vivo o muerto, que realmente la entienda. La mente no puede lidiar con sus paradojas y contradicciones. Es como si la teoría hubiese caído a la Tierra al igual que un monolito proveniente del espacio, y nosotros sencillamente gateamos a su alrededor como simios, jugando con ella, lanzándole piedras y palos, sin ninguna comprensión verdadera.

Así que ahora se dedica a su jardín, cuida el suyo y también trabaja en otras propiedades del pueblo. Que yo sepa no tiene amigos, y sus vecinos lo consideran un bicho raro, pero a mí me gusta pensar que sí somos amigos, ya que a veces deja un balde con compost afuera de mi casa, como regalo para mis plantas. El árbol más antiguo de mi terreno es un limón, su copa es un tupido enjambre de ramas. Hace poco, el jardinero nocturno me preguntó si yo sabía cómo morían los cítricos: cuando llegan a la vejez, si logran sobrevivir a sequías, enfermedades y a los incontables ataques de pestes, hongos y plagas, sucumben por sobreabundan-

cia. Al alcanzar el fin de su ciclo de vida, dan una última cosecha gigantesca de limones. En su primavera final, sus flores brotan y florecen en enormes racimos y llenan el aire con un dulzor tan fragante que te hace picar la garganta y las narices a dos cuadras de distancia; sus frutos maduran todos a la vez, ramas completas se quiebran bajo su peso, y luego de un par de semanas el suelo a su alrededor está cubierto de limones podridos. Es extraño, me dijo, ver tanta exuberancia antes de la muerte. Uno puede imaginarla en el reino animal, esos millones de salmones copulando antes de caer muertos, o los miles de millones de arenques que vuelven blancas las aguas de las costas del Pacífico con su semen y sus huevos, a lo largo de cientos de kilómetros. Pero los árboles son organismos muy diferentes, y esos espectáculos de monstruosa fertilidad no parecen propios de una planta y son más parecidos a los excesos de nuestra propia especie, con su crecimiento desbordado y fuera de todo control. Le pregunté cuánto tiempo le quedaba de vida a mi limón. Me dijo que no había forma de saberlo, al menos no sin cortar su tronco para mirar sus anillos. Pero ¿quién querría hacer una cosa así?

RECONOCIMIENTOS

Me gustaría agradecer a Constanza Martínez por su invaluable contribución a este libro, ya que peleó conmigo por cada pequeño detalle. Esta es una obra de ficción basada en hechos reales. La cantidad de ficción aumenta a lo largo del libro; mientras que en «Azul de Prusia» solo hay un párrafo ficticio, en los textos siguientes me tomé mayores libertades, tratando de permanecer fiel a las ideas científicas expuestas en cada uno de ellos. El caso de Shinichi Mochizuki, uno de los protagonistas de «El corazón del corazón», es particular: me inspiré en algunos aspectos de su trabajo para entrar a la mente de Alexander Grothendieck, pero la mayor parte de lo que se dice sobre su persona, su biografía y sus investigaciones es ficción. La mayoría de las referencias históricas y biográficas utilizadas en esta obra pueden ser encontradas en los siguientes libros y artículos, a cuyos autores también me gustaría agradecer, aunque una lista completa sería demasiado larga: Walter Moore, *Schrödinger, vida y pensamiento*; Manjit